



CAPÍTULO UNO

LA PERSONA DEL ESPÍRITU SANTO



Y YO ROGARÉ *al*

PADRE, *y* OS DARÁ

OTRO CONSOLADOR,

para QUE ESTÉ CON

VOSOTROS PARA

SIEMPRE.

—Juan 14:16

COMO UN NIÑO QUE CRECIÓ EN UNA IGLESIA PENTECOSTAL, el énfasis en el Espíritu Santo a veces llegaba a mí de extrañas maneras. Durante mis años de niñez y de adolescencia tuve mucha dificultad para relacionarme con el Espíritu Santo. Sabía que Cristo me amaba; pero no me sentía amado por el Espíritu Santo porque Él llenaba a todos menos a mí.

Su nombre tampoco me parecía atractivo, porque por ser *Espíritu* lo relacionaba con la idea de un fantasma. Yo tenía miedo de los fantasmas porque tienen que ver con los muertos y las tinieblas. No conocía al Espíritu Santo como una persona llena de amor que ya moraba en mi vida y que continuamente quería darme más de la presencia de Dios y hacer que mi carácter se asemejara al de Cristo. Así que yo tenía una idea muy desfigurada del Espíritu Santo.

Cuando preguntamos: “¿Quién es el Espíritu Santo?” comenzamos a reconocer nuestras limitaciones. Sólo Dios dice: “YO SOY EL QUE SOY.”¹ Sólo Dios puede definir quién es Él y cualquier otro intento de definir a Dios será insuficiente. Cuando hablamos de la persona y el carácter de Dios —Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espíritu Santo— hacemos un esfuerzo por traducir la comprensión de Dios a nuestra experiencia diaria y a un lenguaje que sea el adecuado.

Pero Dios ha usado el lenguaje humano en su Palabra para describir al Espíritu Santo y para que con el lenguaje de las Escrituras podamos por lo menos acercarnos a una comprensión del Espíritu.

LA PERSONA DEL ESPÍRITU

Lo primero que se debe notar es que el Espíritu Santo es una persona. Cuando hablamos del Espíritu Santo, no nos referimos a “la fuerza”. El Espíritu Santo, por ejemplo, es diferente de la electricidad, que no es de naturaleza personal. Esta es una perspectiva muy importante porque a menudo el Espíritu Santo se concibe como un poder: Él es poderoso, pero es una persona. Si pensamos en Él solamente como un poder, entonces se convierte en algo que queremos tener y usar. Pero debido a que Él es una persona, Él es quien nos quiere tener y quien quiere usarnos para la gloria de Cristo.

Por lo tanto, debemos evitar referirnos al Espíritu Santo como un objeto, o describir en esos términos la plenitud que recibimos de Él. No encontraremos en la Biblia tales expresiones. No es que nosotros lo recibamos a Él, sino que Él, el Espíritu Santo, nos recibe a nosotros. Nosotros, entonces, nos regocijamos de entrar en su presencia y en una dimensión de mayor profundidad en nuestra vida.

¿Cómo sabemos que el Espíritu Santo es una persona? Las Escrituras nos dan una diversidad de testimonios de esto.

Primero, en las descripciones del Espíritu Santo se usan pronombres personales. En Juan 16, Jesús dijo que después de su ascensión vendría el Espíritu Santo. Él se refirió doce veces al Espíritu Santo con el pronombre griego masculino “Él”, refiriéndose al Espíritu específicamente como persona.

El Espíritu es también personal porque tiene un nombre, que Jesús mencionó en Juan 14:16 cuando dijo:

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador.” Hay dos importantes ideas respecto al uso de las palabras *otro* y *consolador* (o *paracleto*).

En el idioma griego de los tiempos de Jesús, había dos palabras para *otro*. Una se refería a otro de diferente clase, algo completamente diferente de lo que se describió primero. La otra palabra se usaba para describir otro de la misma clase. Cuando Jesús habló del Espíritu Santo como Consolador, Él dijo: “Les enviaré a otro como yo. No a alguien diferente a mí, sino a otro como yo.” Jesús prometió otro paracleto, que literalmente significa: “aquel que va al lado para ayudar”. El Espíritu Santo es nuestro Ayudador personal.

Por las Escrituras también conocemos las características personales del Espíritu Santo. Hay cuatro componentes esenciales de la personalidad: intelecto, sentimientos, voluntad, y acciones. Todos estos se usan para describir al Espíritu.

Intelecto. En 1 Corintios 2:11, Pablo afirma: “nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”. Es necesario ser persona para conocer los pensamientos. Muchas veces me he sentado frente a mi escritorio, por ejemplo, pero el mueble no conoce mis pensamientos, no recuerda mis pensamientos, ni tiene acceso a mí, porque es inanimado. No tiene vida.

Pero el Espíritu Santo es el Ser viviente que tiene acceso a los pensamientos de Dios, aún las cosas más profundas de Dios. Romanos 8:27 dice que el Espíritu Santo también tiene acceso a nuestra vida: “el que escucha los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu”.

El Espíritu es la persona que tiene amplia entrada a todo lo que hay en Dios. También tiene amplia entrada a todo lo que está en mí. Nada en mi vida es desconocido o está vedado para el Espíritu Santo.

Sentimientos. En Efesios 4:30, se nos dice claramente: “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios.” En el contexto del versículo se describen diversos pecados de la carne, entre ellos la inmoralidad y las palabras corrompidas. Pablo advirtió a los cristianos de que cuando fueran tentados a obrar y hablar como el mundo, no cedieran porque contristarían al Espíritu Santo. Cuando somos tentados a escuchar o usar un lenguaje que no complace a Cristo, de inmediato sentimos que hay Alguien en nuestra vida que no aprueba lo que está sucediendo.

Voluntad. En 1 Corintios 12:11 vemos que el Espíritu Santo da dones a cada uno conforme a su voluntad. A través de la maravillosa obra del Espíritu Santo recibimos los dones que pone en el cuerpo de Cristo y también la asignación de responsabilidades en el Cuerpo.

Acciones. Hay una larga lista de pasajes bíblicos que hablan acerca de las obras del Espíritu.

- Él habla. En Hechos 13:2, el Espíritu fue el iniciador del primer viaje misionero de la iglesia, cuando dijo: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado.”
- Él testifica. Él testifica respecto a Jesús. La función del Espíritu es dar testimonio del Señor viviente.²
- Él enseña. Él enseña lo que Jesús enseñó. Él trae a nuestro pensamiento las cosas que el Señor nos ha comunicado.

Su papel principal como maestro es vivificar la persona de Cristo en nuestra vida.³

- Él convence. El Espíritu convence de pecado y de justicia y del juicio que está por venir.⁴
- Él intercede por nosotros. El Espíritu es nuestro intercesor.⁵ La Biblia nos dice que tenemos un intercesor en los cielos —Jesucristo— y en el corazón tenemos al intercesor del Espíritu Santo. Cuando oramos por nuestras propias necesidades o cuando otros oran por nosotros, nunca oramos solos.
- Él nos guía a toda verdad.⁶ Él dirige nuestros pasos.⁷ Así hizo el Espíritu con Pablo, Silas, y Timoteo cuando quisieron ir a un área del mundo a predicar el evangelio a la que el Espíritu no los dejó ir.
- Él nos revela la Palabra de Dios.⁸ La profecía, o la Palabra de Dios escrita, no tuvo su origen en el hombre, más bien nos fue transmitida y revelada por el Espíritu Santo.
- Se le puede probar, como el caso de Ananías y Safira que probaron al Espíritu con su falta de honradez.⁹
- Se le puede mentir.¹⁰ Pedro dijo que Ananías mintió al Espíritu cuando dijo que había dado todo en una ofrenda, cuando realmente había dado sólo una porción.
- Se le puede contristar. Ya nos hemos referido a Efesios 4:30. Isaías 63:10 nos dice: “Mas ellos fueron rebeldes, e hicieron enojar su santo espíritu; por lo cual se les volvió enemigo, y él mismo peleó contra ellos.”

- Se le puede resistir. Al concluir su gran sermón, Esteban dijo a la gente que se aprontaba para matarlo: “Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros.”¹¹
- Se le puede insultar¹² y se puede blasfemar contra Él. Jesús se refirió a la blasfemia contra el Espíritu Santo como el pecado imperdonable.¹³ La blasfemia contra el Espíritu Santo es una absoluta negación de lo que el Espíritu dice acerca de Jesús. El Espíritu siempre nos dice: “Jesús es el Señor. Él es el Hijo de Dios. Confiésalo como Señor.” En algún momento, cuando constantemente resistimos el testimonio del Espíritu respecto a Jesús, blasfemamos contra el Espíritu.

Puesto que no hay perdón, como Jesús dijo, en esta vida ni en la por venir, para la persona que blasfema contra el Espíritu, la blasfemia contra el Espíritu es un tema aparte. Es importante que entendamos que la persona que cree que ha cometido el pecado imperdonable todavía es espiritualmente sensible y no ha cometido tal pecado. La persona que alcanza este nivel de blasfemia ya no tiene deseo de recibir la gracia de Dios o el perdón, porque el Espíritu ya no convence de juicio la conciencia de dicha persona.

LA DIVINIDAD DEL ESPÍRITU

El Espíritu Santo no es una persona simplemente, sino una persona *divina*. El Espíritu como una persona está asociado y relacionado con el Padre y el Hijo. En

Mateo 28:19, Jesús dijo a sus discípulos que fueran a todas partes, y que bautizaran a los creyentes “en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo”. Fíjese la cuidadosa manera en que Jesús presenta la fórmula trinitaria. Él no usa la forma plural de la palabra *nombre* como si Padre, Hijo, y Espíritu Santo fueran tres diferentes dioses. Mejor dicho, hay un nombre del único Dios que se ha revelado como Padre, Hijo, y Espíritu Santo. Segunda de Corintios 13:14 también muestra la asociación del Espíritu y la relación con el Padre y el Hijo: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros.”

El Espíritu tiene los atributos de Dios.

- Es eterno. El escritor a los Hebreos dice: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?”.¹⁴ Como se dice de Jesús: Él es el Alfa y la Omega, el primero y el último, en consecuencia, el Espíritu no tiene principio ni tampoco fin.
- Es omnisciente. Jesús dijo: “El Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho”.¹⁵

Juan 16:12,13 habla del Espíritu como quien nos guía a toda verdad. “Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque

no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir”.¹⁶

- Es omnipotente. El Espíritu revela a María este aspecto de su naturaleza a través del ángel Gabriel: “Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios... porque nada hay imposible para Dios.”¹⁷ La obra del Espíritu Santo en el vientre de María es una señal de la omnipotencia del Espíritu Santo de Dios.
- Es omnipresente. El Salmo 139:7–10 dice: “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra.”

El Espíritu también hace las obras de Dios. Vemos al Espíritu activo en cuatro áreas clave de la obra de Dios.

- Primero, Él participó en la Creación. Génesis 1:2 dice: “Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.” La Nueva Versión Internacional dice: “el Espíritu de Dios iba y venía sobre la superficie de las aguas”.

Esta es una presentación muy elocuente en las Escrituras de la personalidad divina del Espíritu, que creó a partir del caos. Yo también añadiría que describe la obra del

Espíritu en su vida y en la mía. Nuestra vida sin el Espíritu de Dios es caótica. El Espíritu de Dios quiere crear en nosotros el carácter de Cristo y soplar la vida de Cristo en el vacío de nuestra vida. El Espíritu está obrando en ese proceso de creación. Es parte de su naturaleza divina.

- Segundo, Él participa en la regeneración. “Pero si envías tu Espíritu, son creados, y así renuevas la faz de la tierra”.¹⁸ Mientras el Espíritu ha obrado en la creación material de la tierra y ha dado vida a todas las cosas en la Creación, también ha estado obrando en la re-creación espiritual de nuestro ser interior.

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra.”¹⁹ Juan 3:5,6 vuelve a enfatizar la idea del nuevo corazón hecho por el Espíritu: “Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.” El Espíritu siempre busca darnos un nuevo nacimiento en el reino de Dios.

Jesús hace algo muy hermoso al unir la obra del Espíritu en la Creación con la obra del Espíritu en la personalidad del hombre. Después de la resurrección de Cristo, Él aparece a sus discípulos y les habla palabras de paz. Después las Escrituras dicen: “Y habiendo dicho esto,

sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.”²⁰ Como Dios sopló vida en el cuerpo inerte del hombre en la Creación, así Jesús habló a sus discípulos y sopló en ellos vida eterna.

- Tercero, el Espíritu está activo para darnos las Escrituras. “Toda la Escritura es inspirada por Dios.”²¹ La correcta traducción del término griego es: “Toda la Escritura es expirada”, en otras palabras, *ha sido soplada*. Toda la Escritura es producto del aliento de Dios. La función del Espíritu es soplar la presencia de Dios en la vida del hombre. La Biblia es el resultado de la actividad del viento del Espíritu. Dios sopla la Palabra de su misma naturaleza.
- Cuarto, el Espíritu está presente en la resurrección. “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.”²² El Espíritu es el agente que transfiere la vida eterna de Dios a nuestra vida. El Espíritu que levantó a Cristo de los muertos también está en nosotros.

LOS SÍMBOLOS DEL ESPÍRITU

El Espíritu como persona también se revela a través de símbolos.

- El primero es el viento. La idea misma de espíritu se asocia con las palabras *viento* o *aliento*. La palabra hebrea es *ruach*, que en nuestro idioma se traduce como

espíritu. Cuando encontramos el nombre del Espíritu en el Antiguo Testamento, es como viento o aliento, las mismas palabras que se usan en otros contextos para esos términos. En el griego, la palabra para *espíritu* es *pneuma*, o lleno de aire, viento, o aliento.

El Espíritu, por lo tanto, refleja ese elemento invisible en la vida de Dios. A diferencia de las personas que somos seres con cuerpo, el Espíritu de Dios no tiene un cuerpo. Sin embargo, su personalidad es muy visible. Si se quiere conocer a una persona, se debe conocer el espíritu de esa persona. Un cuerpo nunca dará a conocer a un ser humano. Dios existe sin un cuerpo (excepto en la encarnación de Jesús); sin embargo es una persona. La personalidad del Espíritu se nos representa por el viento o el aliento, que está presente en todas partes y es esencial para la vida. No hay vida sin aliento. El Espíritu, descrito como viento, nos comunica la eterna vida de Dios que ha soplado en nosotros.

- Segundo, el Espíritu está representado como agua. En Juan 7:37,38, el último día de la Fiesta de los Tabernáculos, Jesús se puso de pie y dijo: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva.” Ustedes serán como un pozo artesiano. “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él.”²³

¿Cuál es la naturaleza del agua? Sabemos que el agua es indispensable para la vida. Sabemos que el agua lava y refresca. El Espíritu se describe como agua para que sepamos que es indispensable en nuestra vida. Él es el

elemento refrescante de Dios para nuestro carácter y el que nos llena de gozo y de poder. Él también nos lava y nos convence de nuestro pecado, y nos suministra la vida purificadora de Jesús.

- Un tercer símbolo o señal del Espíritu es el sello que se aplica a una carta o un documento. “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa.”²⁴ Cuando aceptamos a Cristo como Salvador, Dios puso en nuestra vida el sello de su propiedad. Fue el Espíritu Santo que Dios puso en nuestra vida como la señal de que le pertenecemos.

Un sello es una señal de propiedad y una marca de autenticidad. En otros tiempos, la autenticidad de un documento se probaba comparando el sello conocido. Así también, el Espíritu deja su impresión en nuestra vida. Él nos marca como pertenencia de Dios y que nuestra vida está genuinamente bajo el dominio de Dios.

- Cuarto, el Espíritu es representado por el aceite. Jesús dijo: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido [ha derramado aceite sobre mí] para dar buenas nuevas.”²⁵ El Espíritu viene sobre nosotros para mostrarnos que quiere investirnos de poder para que cumplamos la obra a la que Cristo nos llamó. La marca de esa investidura e unción es el aceite. En el Antiguo Testamento, todo rey debía ser ungido con aceite antes de comenzar a gobernar. Era la señal de que contaba con la aprobación profética para comenzar su regencia. Los

sumo-sacerdotes también debían ser ungidos con aceite antes de comenzar su ministerio. Los profetas también eran ungidos con aceite antes de comenzar su ministerio.

No nos debe sorprender cuando abrimos el libro de los Hechos que antes del nacimiento de la Iglesia, el Espíritu Santo ya había venido sobre ella para equiparla y poner en marcha sus ministerios. El Espíritu quiere venir sobre nosotros de la misma manera, designándonos como sus embajadores en el mundo.

- Quinto, el Espíritu es representado por una paloma. El Espíritu descendió sobre Jesús “en forma corporal, como paloma”.²⁶ Una paloma da testimonio de mansedumbre y ternura, y obviamente es el símbolo universal de la paz. El Espíritu Santo representado como paloma significa que no viene a nosotros como una figura de violencia. Es importante que observemos que el Espíritu Santo, como Jesús, espera que nosotros abramos la puerta de nuestra vida y dejemos que Él entre en nuestro carácter. Él no entrará por la fuerza a nuestra vida. Él viene con mansedumbre, de manera pacífica, y con ternura.

LA EXPERIENCIA DEL ESPÍRITU

No basta con simplemente describir al Espíritu Santo; debemos tener la experiencia del Espíritu. Nunca conoceremos al Espíritu por simplemente leer acerca de Él. Conoceremos al Espíritu cuando le pidamos que more en nosotros y que nos dé poder para vivir. La iglesia no puede operar sin el Espíritu. Podemos tener programas e imprimir boletines; podemos tener organización, direc-

tivas, y comités; pero la iglesia no puede operar sin el Espíritu Santo. Y nuestra vida personal no puede ir adelante sin el Espíritu Santo. Podemos estudiar mucho de teología. Podemos estudiar la Biblia todos los días. Pero si no tenemos la presencia del Espíritu operando en nuestra vida, nada de lo que hagamos cuenta en el reino de Dios.

Quiero concluir destacando cuatro obras del Espíritu en el libro de los Hechos que tienen relación con nuestra experiencia; lo que el Espíritu hace cuando viene a nosotros.

- Primero, el Espíritu Santo crea unidad entre nosotros sin producir uniformidad. Cuando el Espíritu de Dios entra en nosotros, no nos convierte en un clon. De hecho, las Escrituras dicen que el Espíritu pone diversidad en el cuerpo de Cristo —diversidad de dones, diversidad de personalidades, diversidad de ministerio—, y todos fluyen del mismo Espíritu. El Espíritu nos ministra la vida de Jesús, que es la fuente de nuestra unidad, pero que también nos conforma a la imagen de Cristo, sin convertirnos en personas producidas con el mismo molde. El Espíritu crea unidad sin uniformidad.
- Segundo, el Espíritu explota el potencial en nuestra vida que nadie o nada más ha podido aprovechar. No hay vida que sea la misma después de un encuentro con el Espíritu Santo. Nadie en el Nuevo Testamento habría expresado su potencial si el Espíritu Santo no hubiera venido sobre ellos. No importa los talentos o la personalidad que tengamos, no importa la energía con que realicemos cualquier tarea o asignación en particular, sólo el

Espíritu Santo puede tocar la profundidad del potencial en nuestra vida y extraerlo para el reino de Dios.

En este momento de mi vida, creo que necesito al Espíritu Santo más que nunca. Quiero una fresca unción del Espíritu. Quiero mantenerme lleno del Espíritu. Estoy consciente de que necesito más del Espíritu en mi vida; la porción que he recibido de Él no es suficiente. Cuando se trata de lo que recibimos del Espíritu, creo que el Nuevo Testamento nos enseña que somos expandibles. Él es infinito y puede darnos más, y nosotros podemos recibir más. Nunca explotaré el potencial que Dios ha puesto en mi vida a menos que el Espíritu Santo me sature, a menos que yo me abra y deje que el toque el potencial en mi vida.

- Tercero, el Espíritu siempre nos dirige simultáneamente en dos direcciones. Quiere que profundicemos nuestra relación con Dios y quiere que salgamos y nos relacionemos con el mundo. El deseo del Espíritu es que seamos más espirituales, más piadosos; que nos asemejemos a Jesús. Él quiere guiarnos a las cosas más profundas de Dios. Debemos ser cuidadosos de la manera que definimos las cosas más profundas de Dios. Las cosas más profundas de Dios nos mueven a amar como Él ama y a vivir con gozo y en pureza. Las cosas más profundas de Dios no tienen que ver con una pavorosa espiritualidad o ser más listos o santos que otras personas. Las cosas más profundas de Dios causan una dramática impresión en nuestra vida con la personalidad de Dios a través de Jesucristo.

A la vez, el Espíritu nos dirige al mundo, porque Dios ama al mundo. El Padre dio a su Hijo para salvar al mundo. Jesús nos dijo que fuéramos al mundo, pero nos dijo también que para ir al mundo el Espíritu debía venir sobre nosotros. Él dijo a sus discípulos que esperaran hasta que el Espíritu hubiera venido sobre ellos. El Espíritu siempre nos moverá a una relación profunda con Dios y a salir para ministrar al mundo que no le conoce.

Esto es lo que Isaías nos muestra en el Antiguo Testamento. En Isaías 6:1, el profeta estaba adorando al Señor, y dijo: “En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo.” Isaías estaba absorto en la adoración a Dios y repentinamente, Dios dijo: “¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?”²⁷ Cuando estaba absorto en la adoración a Dios, Isaías oyó a Dios que decía: “Tengo un trabajo para ti.” Cuando usted adora a Dios, Él le mostrará cuál es el trabajo que debe realizar y dónde, en su familia, en la iglesia, y en el mundo.

- Cuarto, el Espíritu Santo es en verdad una persona, y como tal podemos rechazarlo, hacer caso omiso de Él, o darle la bienvenida. Él espera que lo recibamos; Él espera que lo invitemos. Jesús dijo que pidiéramos al Padre y que Él nos daría el Espíritu Santo.²⁸ El Espíritu Santo no irrumpirá en la puerta de nuestra vida. Él quiere una invitación. Nosotros pedimos, buscamos, y llamamos y damos la bienvenida al Espíritu.

Los pentecostales siempre preguntamos: “¿Es usted lleno del Espíritu?” Sin embargo, las personas de inme-

diato adoptan una actitud defensiva. “Por supuesto que soy lleno del Espíritu. ¡Hace treinta años que hablé en lenguas! ¿Por qué me pregunta tal cosa?” Otros responderán: “Por supuesto que soy lleno del Espíritu. Espero que no se refiera a hablar en lenguas porque yo fui lleno del Espíritu cuando entregué mi vida al Señor.”

Si usted lee cuidadosamente el libro de los Hechos, descubrirá que una y otra vez en la experiencia de los discípulos de Jesús, en los momentos difíciles de la vida de ellos, el texto dice que “fueron llenos del Espíritu”. La condición de estar lleno del Espíritu es lo que sucedió después de Pentecostés. No es la experiencia que vivieron los discípulos en Hechos 2; es la plenitud que recibieron después de esta experiencia. El Espíritu continuó llenando a los discípulos en momentos en que enfrentaban desafíos nuevos y desconocidos, cuando se necesitó un nuevo nivel de poder en su personalidad, que nunca antes habían visto. Con cada nuevo desafío viene la nueva necesidad de una renovada plenitud del Espíritu.

Esta debe ser hoy nuestra experiencia del Espíritu. No es simplemente que el Espíritu venga sobre nosotros cuando somos bautizados en el Espíritu. En nuestros presentes desafíos, el Espíritu nos llena para diversos niveles de capacidad. Pidámosle que nos llene hoy con todo lo que podamos recibir de parte de Dios. Que en lo más profundo, y en la esencia misma, de nuestro ser podamos experimentar la plenitud de Dios a través de su Espíritu.

-
- ¹ Éxodo 3:14
² Juan 15:26
³ Juan 14:26
⁴ Juan 16:8–11
⁵ Romanos 8:26,27
⁶ Juan 16:13
⁷ Hechos 16:6,7
⁸ 2 Pedro 1:21
⁹ Hechos 5:9
¹⁰ Hechos 5:3
¹¹ Hechos 7:51
¹² Hebreos 10:29
¹³ Mateo 12:31,32
¹⁴ Hebreos 9:14
¹⁵ Juan 14:26
¹⁶ 1 Corintios 2:10,11
¹⁷ Lucas 1:35,37
¹⁸ Salmo 104:30
¹⁹ Ezequiel 36:26,27
²⁰ Juan 20:21,22
²¹ 2 Timoteo 3:16
²² Romanos 8:11
²³ Juan 7:39
²⁴ Efesios 1:13
²⁵ Lucas 4:18
²⁶ Lucas 3:22
²⁷ Isaías 6:8
²⁸ Lucas 11:13